

RAÚL ANDRADE

Enrique Ayala Mora

Tenía el cerebro de un escritor de casta, el corazón de un revolucionario inconforme y el estómago de un luchador de los antiguos. Así lo conocieron quienes lo acompañaron en sus peleas, en sus pasiones y sus farras de creador irreverente. Así lo leyeron los que abrían el periódico no solo para saber noticias, sino para disfrutar de la «claraboya» cotidiana. Así lo temieron los enemigos de sus ideas y de su estirpe, que aguantaron los feroces mandobles de su pluma. Así lo admiraron los que se identificaban con su palabra, porque él sabía decir las cosas como nadie.

Así era Don Raúl Andrade. Periodista de vocación, escritor de día a día, literato comprometido, maestro del idioma, domador de ideas y de coyunturas. Muchos se identificaban con él, unos cuantos lo combatían e intentaban en vano ponerse a su altura de polemista, otros tantos lo odiaban pero callaban ante su estilo arrollador y cortante. Pero todos lo respetaban porque era hombre de posiciones firmes y actitudes definitivas.

Nació en pleno ascenso del liberalismo, a principios de un siglo que vivió a plenitud, dentro de una familia que había luchado por la revolución desde la adversidad. Dedicó su vida a defender el laicismo y el radicalismo democrático con una firmeza que no hizo escuela, pero dejó un ejemplo que pocos se atrevieron a seguir, porque todos sabían que podían aprender de él a decir las cosas crudamente, a insultar, a defender a los suyos sin concesiones, a aniquilar a sus adversarios con una frase, pero nunca a hacer contemplaciones, ni a acomodarse cínicamente desde la conveniencia.

Era anticlerical de una sola pieza, primario y ternejo. Luchaba contra la izquierda y el socialismo por principio, porque creía que amenazaban su individualidad, su derecho a decir lo que le daba la gana, cuando le daba la gana. Heredó el alfarismo y lo defendió siempre. Combatió a los adversarios del

«Viejo Luchador» hasta la quinta generación. Odió a los enemigos de su familia, sin darles cuartel. Despreció al populismo, aún a riesgo de divorciarse del pueblo, al que nunca llegó a entender ni perdonar porque votaba por los que ofrecían y no cumplían.

Llevaba la misma sangre de Don Roberto Andrade, el historiador censurado por su lealtad al radicalismo, porque fue el más arrojado de los jóvenes que se atrevieron a matar al Gran Tirano sin negarlo ni arrepentirse. Asumió el compromiso de defender a Don Abelardo Moncayo, el gran ideólogo y constructor del Estado Laico. Vivió toda la vida reivindicando a Don Julio Andrade, cuya muerte nunca perdonó.

Entendió y vivió el Quito de la conspiración y el «mentidero». Luchó contra el despotismo que asoló a otros pueblos. Denunció la «Internacional negra en Colombia», diciéndole cuatro verdades y otras tantas groserías al «Tigre» Gómez. Combatió siempre al dictador Franco y lo siguió hasta el lecho de muerte, pintando la grotesca «Agonía del minotauro», agarrado del poder y del brazo disecado de Santa Teresa de Ávila.

No hizo escuela ni tuvo discípulos. No tiene continuadores ni en su familia. Felizmente, ahora hay otros críticos y formadores de opinión como Simón Espinosa, que con ese estilo tan distinto y suyo escribe con parecido irrespeto y singular maestría. A los cien años de su nacimiento Raúl Andrade es un hito en nuestra literatura y una figura de la Historia Patria. ❀